Pío Baroja

Las ciudades

César o Nada. El mundo es ansí. La sensualidad pervertida

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Notas de lectura, Nadadores,
Fecha de Publicación: 10/12/2024 y 22/01/2025
Número de páginas: 18
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

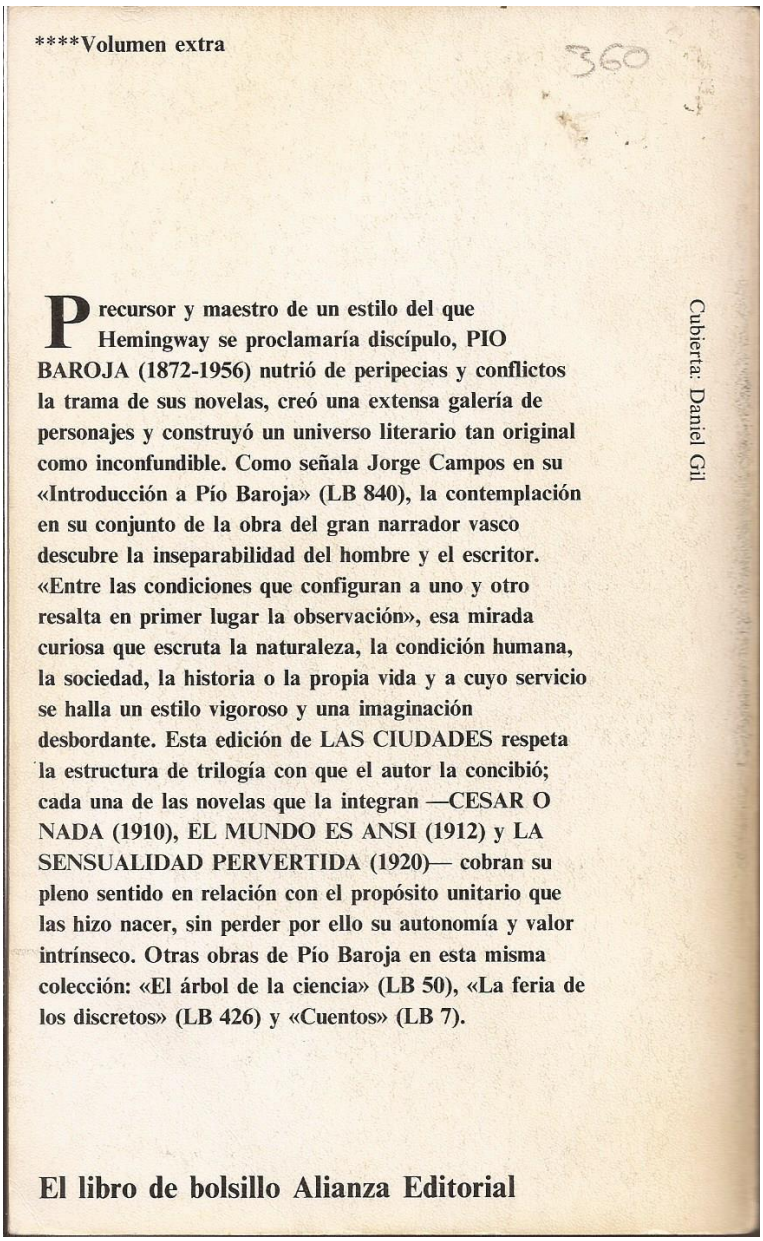
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola**.**

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Pío Baroja: Las ciudades

César o Nada. El mundo es ansí. La sensualidad pervertida

Madrid, 1982 (4ªedic.), Alianza Editorial



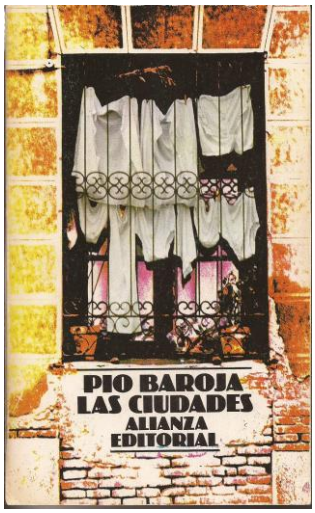
****Volumen extra

360

Precursor y maestro de un estilo del que Hemingway se proclamaría discípulo, PIO BAROJA (1872-1956) nutrió de peripecias y conflictos la trama de sus novelas, creó una extensa galería de personajes y construyó un universo literario tan original como inconfundible. Como señala Jorge Campos en su «Introducción a Pío Baroja» (LB 840), la contemplación en su conjunto de la obra del gran narrador vasco descubre la inseparabilidad del hombre y el escritor. «Entre las condiciones que configuran a uno y otro resalta en primer lugar la observación», esa mirada curiosa que escruta la naturaleza, la condición humana, la sociedad, la historia o la propia vida y a cuyo servicio se halla un estilo vigoroso y una imaginación desbordante. Esta edición de LAS CIUDADES respeta la estructura de trilogía con que el autor la concibió; cada una de las novelas que la integran —CESAR O NADA (1910), EL MUNDO ES ANSI (1912) y LA SENSUALIDAD PERVERTIDA (1920)— cobran su pleno sentido en relación con el propósito unitario que las hizo nacer, sin perder por ello su autonomía y valor intrínseco. Otras obras de Pío Baroja en esta misma colección: «El árbol de la ciencia» (LB 50), «La feria de los discretos» (LB 426) y «Cuentos» (LB 7).

Cubierta: Daniel Gil

El libro de bolsillo Alianza Editorial



Como todo novelista prolífico, también Baroja constituye un pequeño universo literario – como el balzaquiano, o el galdosiano o el cervantino –, con sus planetas mayores y menores y los satélites que giran en torno a ellos, personajes secundarios a veces sólo esbozados, pero siempre vivaces y más o menos verídicos… Y en ese universo literario barojiano estas tres novelas que conforman la trilogía “Las ciudades”, sin duda que ocuparían en conjunto un espacio menor pero no menos rico de personajes secundarios en torno a los protagonistas César Moncada (de *César o nada*), la rusa Sacha Savarov o

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Juanito Velasco (de *El mundo es ansí*) o Luis Murguía (de *La sensualidad pervertida*). La abundancia de diálogos que aligeran el texto, entre personajes que entran y salen en la acción novelística, más o menos esbozados, y entre ciertos desaliños en la expresión, tan barojianos también, te va llevando sin apenas darte cuenta por una cotidianidad, río continuo, en ocasiones costumbrista y local, en otras ocasiones cosmopolita, pero con cierto aire de tramoya aderezada o apresurada.

A pesar de que, a uno de sus personajes principales, el joven Velasco, hijo de un rico cosechero riojano, lo presenta nada más comenzar *El mundo es ansí* "como elegante y como *sportman*" (p.313), ninguno de sus personajes parece acceder a la natural alegría del Nadador. Puede nadar un pueblo, como ese castellano Castro Duro que elige César Moncada, después de su experiencia romana, para ensayar un salto a la política con las buenas intenciones de modernizar una sociedad sometida a caciques y eclesiásticos; y, así, en uno de sus esfuerzos literarios por evocar un paisaje, comenta que: "En los días claros, el crepúsculo es de una magia extraordinaria. El pueblo entero queda nadando en oro" (p.195). O más adelante (pp.304-305), ya más cerca del desenlace trágico, y en otro de esos raros intentos de evocar un paisaje:

Llovía suavemente. Al acercarse a Castro apareció el sol; el río
estaba turbio y de color de barro; por la llanura nadaban espesas nieblas grises,
que al pasar por debajo del cerro de Castro le daban el aspecto de una isla
en medio del mar; de las chimeneas del pueblo salía el humo
como madejas de plata, y las campanas sonaban
en la calma de la mañana del domingo.

El nadar parece que solo puede ser un recurso para describir un paisaje, y, así, es un pueblo el que nada o una niebla, o la bruma, como en *La sensualidad pervertida*, en una escena en la que el joven Murguía sale al monte con su perro para leer y pasear, y de nuevo evoca como metáfora en un día de lluvia brumas "nadando sobre el valle" (p. 542). La culminación de esta metáfora expresiva de Baroja aparece en la misma novela, al describir el techo del comedor del caserón de su tía Luisa, en el que pasó un tiempo de su juventud y que evoca de esta manera (p.503):

El techo quedaba del tiempo en que se construyó la casa, a mediados
del siglo XVIII, y era muy bonito. Estaba pintado por algún artista
de mucho gusto, con pinturas muy claras: rosas, grises, azules pálidos.
Había un barandado con guirnaldas de flores, un cielo lleno de nubes blancas,
por el que nadaban ninfas desnudas adornadas con cintas de color de rosa;
amorcillos rojizos, con sus flechas y su carcaj, y palomas blancas
y tornasoladas. Hasta los sitios descascarillados parecían
bonitos y decorativos en aquel techo.

Mi tía Luisa había pensado muchas veces en borrar
aquellas ninfas desnudas y escandalosas, de cuerpo rosado, cara fina,
pechos turgentes y grandes popas; pero el tener que hacer
un trabajo grande de andamios y el que algunos dijeran

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

que aquella pintura era de mérito, se lo impedía.

-No mires al techo – me decía a mí cuando iba al gabinete.

> De nuevo, nubes y ninfas nadadoras, eso sí, en un techo pintado. Y descrito con ese desaliño barojiano, de techo y descascarillado por igual bonitos, o ninfas de "popas grandes" – supongo que por no decir "traseros" –, en pinturas "de mérito", hechas por "artista de mucho gusto", todo a vuelapluma, sin retoque ni vuelta atrás, pero sin duda de eficacia evocadora…

***

> El contrapunto a estos sofisticados nadadores y nadadoras – nubes, nieblas, pueblos o ninfas pintadas – lo hace Baroja a lo bruto, y tal vez por eso en francés. Es en un capitulito de la cuarta parte de *La sensualidad pervertida* que titula "La novela de mis tres novias viejas" (IV, 4), con tres de esos personajes secundarios que entran y salen de la narración sin que pase nada trascendente con ellas; Doña Isabel, Doña Asunción y Doña Rosario, en este caso. Doña Asunción, lectora de literatura francesa, "quería leer una fisiología", y Murguía le compró el *Diccionario filosófico* de Voltaire que había encontrado en un librero de viejo por tres pesetas. ((p.561-562):

Doña Asunción cogió los tomos y leyó en el capítulo sobre la Ignorancia,
en su primera parte, un apóstrofe poco galante que el autor dirige a una dama,
en el que le llama animal con dos pies y sin plumas, que va al retrete
y piensa que está sujeto a las enfermedades más repugnantes
y tiene ideas metafísicas. El apóstrofe termina con esta frase:

"J'apersçois que la nature t'a donné deux espèce de fesses par devant
et qu'elle me les a refussées: elle tá percé au bas ton abdomen un si vilain trou
que tu es porte, naturellement, à le cacher. Tantôt ton orine, tantôt
des animaux pensans sortent par ce trou; il nagent neuf mois
dans un liquer abominable entre cet égout et un autre cloaque,
dont les inmondices accumulées seraient capable d'empester la terre entière".

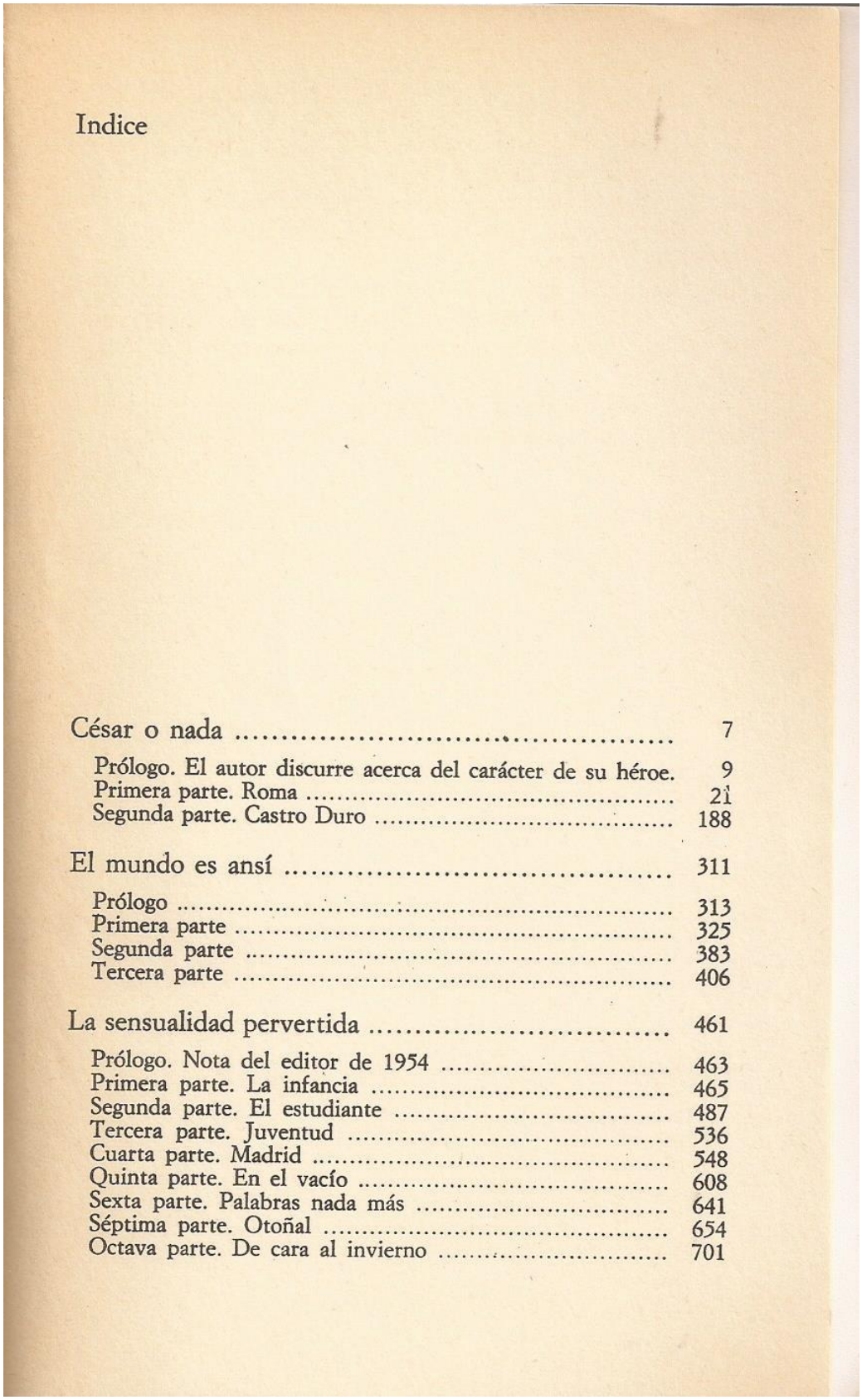
Convinimos en que las frases eran muy duras y descarnadas;
pero nos pareció que valía más esto que la hipocresía y la mentira.
Doña Asunción decía que hubiera preferido que la hubieran hablado así
que no como a un niño a quien hay que engañar siempre.

> Y esta parece la broma barojiana: de las nubes, las brumas o las ninfas pintadas, al feto nadador entre inmundicias "capaces de apestar la tierra entera". En un texto misógino en extremo que don Pío tiene, por otra parte, la delicadeza de dejar en francés, sin duda que también irónicamente. Y evocado por un Luis Munguía incapaz de encontrar esposa que le satisfaga, a imagen y semejanza del propio autor.

***

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

He aquí el índice de las tres novelas que conforman la trilogía “Las ciudades”:



Indice

César o nada 7

Prólogo. El autor discurre acerca del carácter de su héroe. 9
Primera parte. Roma 21
Segunda parte. Castro Duro 188

El mundo es ansí 311

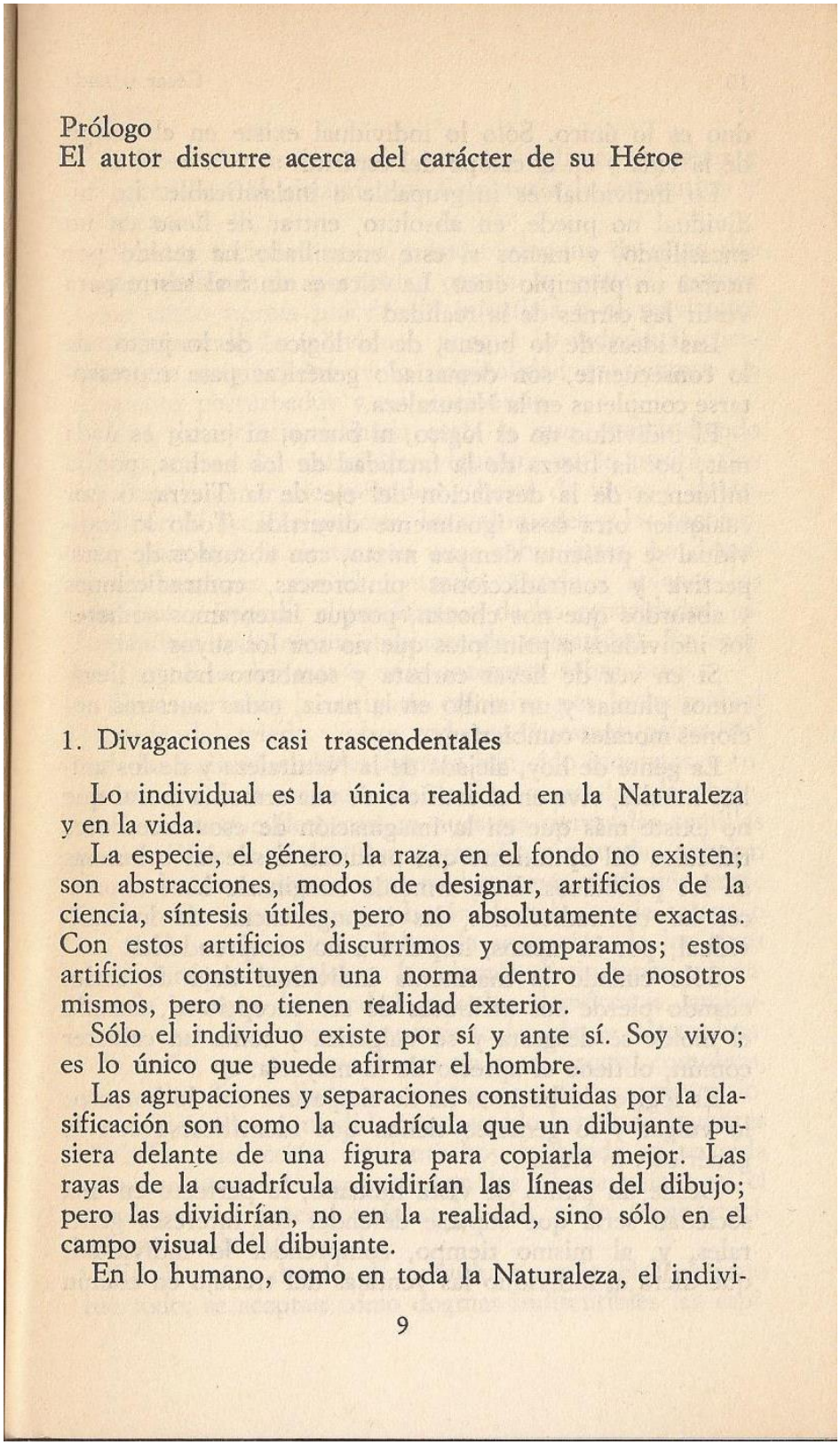
Prólogo 313
Primera parte 325
Segunda parte 383
Tercera parte 406

La sensualidad pervertida 461

Prólogo. Nota del editor de 1954 463
Primera parte. La infancia 465
Segunda parte. El estudiante 487
Tercera parte. Juventud 536
Cuarta parte. Madrid 548
Quinta parte. En el vacío 608
Sexta parte. Palabras nada más 641
Séptima parte. Otoñal 654
Octava parte. De cara al invierno 701

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Es interesante presentar aquí, también, el prólogo a César o nada, con ese intento de reflexión barojiana sobre un posible héroe literario, aunque el de Luis Munguía parece más logrado sobre el mismo asunto, en este caso el del hombre que no quiere ser nadie, de alguna manera…



Prólogo
El autor discurre acerca del carácter de su Héroe

1. Divagaciones casi trascendentales

Lo individual es la única realidad en la Naturaleza y en la vida.

La especie, el género, la raza, en el fondo no existen; son abstracciones, modos de designar, artificios de la ciencia, síntesis útiles, pero no absolutamente exactas. Con estos artificios discurrimos y comparamos; estos artificios constituyen una norma dentro de nosotros mismos, pero no tienen realidad exterior.

Sólo el individuo existe por sí y ante sí. Soy vivo; es lo único que puede afirmar el hombre.

Las agrupaciones y separaciones constituidas por la clasificación son como la cuadrícula que un dibujante pusiera delante de una figura para copiarla mejor. Las rayas de la cuadrícula dividirían las líneas del dibujo; pero las dividirían, no en la realidad, sino sólo en el campo visual del dibujante.

En lo humano, como en toda la Naturaleza, el indivi-

9

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

duo es lo único. Sólo lo individual existe en el campo de la vida y en el campo del espíritu.

Lo individual es inagrupable e inclasificable. Lo individual no puede, en absoluto, entrar de lleno en un encasillado, y menos si este encasillado ha tenido por norma un principio ético. La ética es un mal sastre para vestir las carnes de la realidad.

Las ideas de lo bueno, de lo lógico, de lo justo, de lo consecuente, son demasiado genéricas para representarse completas en la Naturaleza.

El individuo no es lógico, ni bueno, ni justo; es nada más, por la fuerza de la fatalidad de los hechos, por la influencia de la desviación del eje de la Tierra, o por cualquier otra cosa igualmente divertida. Todo lo individual se presenta siempre mixto, con absurdos de perspectiva y contradicciones pintorescas, contradicciones y absurdos que nos chocan, porque intentamos someter los individuos a principios que no son los suyos.

Si en vez de llevar corbata y sombrero hongo lleváramos plumas y un anillo en la nariz, todas nuestras nociones morales cambiarían.

La gente de hoy, alejada de la Naturaleza y de los anillos nasales, vive en el artificio de una armonía moral que no existe más que en la imaginación de esos sacerdotes ridículos del optimismo que predican desde las columnas de los periódicos. Esta armonía imaginaria hace aborrecer las contradicciones, las incongruencias de lo individual; por lo menos, impulsa a no comprenderlas.

Sólo cuando la inarmonía individual deja de serlo, cuando pierde sus atributos de ser excepcional, cuando el molde se desgasta y se vulgariza y toma un carácter común, obtiene el aprecio de la mayoría.

Es lógico; lo borroso ha de simpatizar con lo borroso; lo vulgar y lo genérico tienen que identificarse con lo genérico y lo vulgar.

Desde un punto de vista humano, lo perfecto en una sociedad sería que supiese defender los intereses generales, y, al mismo tiempo, comprender lo individual; que diera al individuo las ventajas del trabajo en común

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

y la libertad más absoluta; que multiplicara su labor y le permitiera el aislamiento. Esto sería lo equitativo y lo bueno.

Nuestra sociedad no sabe hacer ninguna de estas dos cosas; defiende lo particular contra lo general, porque tiene como norma práctica la injusticia y el privilegio; no comprende lo individual, porque lo individual constituye la originalidad, y la originalidad es siempre un elemento perturbador y revolucionario.

Una democracia refinada sería la que, prescindiendo de los azares del nacimiento, igualara en lo posible los medios de ganar, de aprender y hasta de vivir, y dejara en libertad las inteligencias, las voluntades y las conciencias, para que se destacaran unas sobre otras. La democracia moderna, por el contrario, tiende a aplanar los espíritus e impedir el predominio de las capacidades, esfumándolo todo en un ambiente de vulgaridad. En cambio, ayuda a destacarse unos intereses sobre otros.

Gran parte de la antipatía colectiva por lo individual procede del miedo. Sobre todo en nuestros países del Sur, las individualidades fuertes han sido inquietas y tumultuosas. Las manadas de arriba, como las de abajo, no quieren que florezcan en nuestras tierras las semillas de los César o de los Bonaparte. Esas manadas anhelan la nivelación espiritual; que no haya más distinción entre un hombre y otro que un botón de color en la solapa o un título en la tarjeta. Tal es la aspiración de los tipos verdaderamente sociales; las demás distinciones, el valor, la energía, la bondad para los demócratas laminadores, son verdaderas impertinencias de la Naturaleza.

España, que no tuvo nunca un medio social completo, y que ha desarrollado su vida y su arte por convulsiones espirituales, a medida que han ido brotando hombres de brío y de acción, se siente hoy fracasada en su vida eruptiva, y quiere competir con los demás países en el amor por lo general y lo ordenado, y en el aborrecimiento por lo individual.

En España, donde el individuo y sólo el individuo fue todo, se aceptan como dogmas indiscutibles las aspi-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

raciones colectivistas de otros pueblos. Hoy nuestra tierra comienza a ofrecer un brillante porvenir al que sepa exaltar las ideas y los sentimientos generales, aunque estas ideas y sentimientos pugnen contra el genio de la raza.

Seguramente sería una humorada lastimosa protestar contra la tendencia democráticoburguesa de hoy; lo que es, es porque debe ser y porque tiene su determinación y su momento, y rebelarse contra los hechos es, sin disputa, infantil.

Unicamente me refiero a estas características de la época actual, y las señalo para legitimar este prólogo que he escrito, y que no sé, en último término, si dará más claridad o más oscuridad a mi libro...

2. Los hermanos

Hace ya muchos años estaba yo de médico en un pueblecillo vasco, en Cestona. Algunas veces, los veranos, al ir a mis visitas a los caseríos solía encontrarme en la carretera y en los caminos paseantes de mal aspecto, enfermos hepáticos que tomaban las aguas en un balneario próximo.

Estas gentes de color de cuero no me producían ninguna curiosidad ni simpatía. El burgués comerciante o empleado de las grandes poblaciones, sano o enfermo, me repugna. Cambiaba con aquellos tipos hepáticos un saludo displicente y me alejaba montado en mi viejo rocín.

Una tarde estaba sentado en una calvera del monte, entre grandes hayas, cuando se acercó al lugar en donde me encontraba una pareja de forasteros. No pertenecían al tipo cetrino y desagradable de los bañistas; él era un joven flaco, rasurado, grave, taciturno; ella, una mujer rubia, bellísima.

Vestía de blanco, y llevaba sombrero de paja con grandes flores; tenía aire elegante y gracioso, los ojos azules, de azul muy oscuro, y el cabello rubio de fuego.

Supuse si sería un matrimonio joven; pero él parecía demasiado indiferente para marido de una mujer tan bonita. Por lo menos no eran recién casados.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

El me saludó y dijo luego a su compañera:

—¿Nos sentaremos aquí?

—Bueno.

Se sentaron los dos en el tronco medio carcomido de un árbol.

—¿Va usted de viaje?—me dijo él, al fijarse en mi caballo, atado a unas matas.

—Sí. Vuelvo de la visita.

—¡Ah! ¿Es usted el médico del pueblo?

—Sí.

—¿Y vive usted aquí, en Cestona?

—Sí, aquí vivo.

—¿Solo?

—Completamente solo.

—¿En alguna fonda?

—No; en esa casa que hay en la carretera. Mire usted mi casa, aquélla es.

—¡Debe ser difícil vivir donde hay tanto cura!—exclamó él.

—¿Por qué?—preguntó ella—. Este señor puede no tener tus ideas.

—Me parece que tengo las mismas. Y creo que tiene razón: es muy difícil vivir aquí.

—No se podrá hablar con nadie. ¡Claro!

—Absolutamente con nadie. Figúrese usted que no hay un liberal en el pueblo; no hay más que carlistas e integristas.

—Y eso, ¿qué importa para vivir?—preguntó ella burlonamente.

Aquella mujer era encantadora; yo la miraba un poco asombrado al verla tan espiritual y tan coqueta, y ella me dirigió algunas preguntas acerca de mi vida y de mis ideas con un tanto de ironía.

Yo intenté demostrar que no era precisamente un palurdo, y hablando de lo que se podía hacer en un pueblo como aquél, me lancé a exponer proyectos utópicos y a defenderlos con más calor del que puede tenerse razonablemente con unas personas desconocidas. La sonrisa burlona de la forastera me excitaba y me impulsaba a hablar.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

—Hay que ver lo que sería un pueblecito de éstos —dije, señalando el caserío de Cestona—con una vida humana, y, sobre todo, sin dogmatismo. Cada arrendatario podría ser dueño durante su vida de su caserío. Aquí hay tierra cultivable que da dos cosechas, hay bosques, montes y un manantial de aguas medicinales. El vecino de Cestona podría tener el producto de la tierra íntegro, el monte para la construcción y para combustible y, además, los ingresos del balneario.

—¿Y quién se encargaría de la distribución de las ganancias en esa república patriarcal? ¿El Municipio? —preguntó él.

—Claro—dije yo—. El Municipio podría ir distribuyendo las tierras, haciendo los caminos, suprimiendo los intermediarios inútiles; podría tener para los forasteros hoteles limpios, baratos, y sacarles un buen producto.

—¿De manera que usted no aceptaría la herencia, doctor?

—¿La herencia? Sí, la aceptaría para lo elaborado por uno. Creo que se debía tener derecho a legar un cuadro, un libro, un objeto labrado; pero no una tierra ni un monte.

—Sí; esa propiedad de la tierra es absurda—murmuró él—. El único inconveniente que tendría el plan de usted—añadió—sería que la gente de los rincones pobres se amontonaría en los pueblos completos y los desequilibrarían.

—Habría que restringir entonces el derecho de ciudadanía.

—Ya eso se me figura una injusticia. La tierra debe ser de todos.

—Sí, es verdad.

—¿Y de religión? Ninguna. Como los animales—dijo ella irónicamente.

—Como los animales y como algunos filósofos ilustres, querida hermana—replicó él—. A la vuelta de una carretera, entre el follaje, pondríamos alguna estatua de mármol adornada con flores. ¿No le parece a usted, doctor?

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

—Me parece muy bien.

—Sobre todo, para mí, la gran cosa sería olvidar un poco la muerte y el dolor—aseguró él—, ¡que no se oyeran tantas campanas! Yo creo que hasta se debía suprimir la máxima del amor al prójimo. Encargar al Estado o al Ayuntamiento que cuidara de los enfermos y de los tullidos, y dejar al hombre con la ilusión de vivir sano en un mundo sano.

—¡Ay! ¡Qué ideas más feas tienes!—exclamó ella.

—Sí, eso me parece un poco duro—dije yo.

Ibamos bajando hacia el pueblo por una senda hundida y pedregosa. Empezaba a anochecer; el río brillaba con plateados reflejos y los sapos interrumpían el silencio del crepúsculo con la nota sonora y flauteada de sus gargantas.

Al llegar a la carretera nos despedimos; ellos tomaron la diligencia, que en aquel momento pasaba en dirección del balneario, y yo monté en mi jamelgo.

3. En mi jardín

Supe que los hermanos se llamaban César y Laura, que ella vivía en Italia y que estaba casada.

Unos días después, por la tarde, los dos hermanos llamaron a la puerta de mi casa. Les hice pasar, les enseñé mi jardín y les acompañé a un cenador abandonado, hecho con unos cuantos palos, a la orilla del río.

Laura paseó por un manzanal, cogió unas cuantas manzanas, y luego, con la ayuda de su hermano y la mía, se sentó en el tronco de un árbol que avanzaba en el río, y estuvo contemplándolo.

Mientras ella hacía observaciones, su hermano César se puso a hablar. Sin que mediara otra explicación, me habló de su familia, de su vida, de sus ideas y de sus planes políticos. Se expresaba con facilidad y con firmeza; pero tenía la expresión inquieta de un hombre que teme algo.

—Yo me figuro—dijo—que sé lo que hay que hacer en España. Yo seré un instrumento. Para eso me estoy

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

preparando. Ideas, costumbres, preocupaciones, quiero crearlas para el papel que voy a representar.

—Tú no sabes cómo es España—dijo Laura—. La vida es muy dura.

—Ya lo sé. Aquí no hay medio social, no hay nada constituido; por eso es más fácil crearse uno a sí mismo.

—Sí, pero se necesita apoyo.

—¡Oh, yo lo encontraré!

—¿En dónde?

—Esa misma gente de iglesia que hemos conocido en Roma pienso que me servirá.

—Pero tú no eres clerical.

—No.

—¿Y quieres empezar tu vida engañando?

—No puedo elegir mis medios. La política es eso: hacer algo con nada, hacer mucho con algo, basar un castillo en un grano de arena.

—Y tú, que tienes tantas preocupaciones morales, ¿quieres comenzar así?

—¿Quién te dice que esa aceptación de todos los medios no sea moral?

—No comprendo cómo pueda serlo—replicó Laura.

—Yo sí—contestó su hermano—. ¿Qué es hoy la moral individual? Casi nada. Casi no existe. La moral individual sólo puede llegar a ser colectiva por contagio, por exaltación. Y como esto no ocurre hoy, cada uno tiene su moral; pero no hemos llegado a una moral científica. Hace años, los hombres ilustres aceptaron la moral del imperativo categórico, en sustitución de la moral del pecado; pero el imperativo categórico es una moral estoica, una moral de sabio, que no tiene valor sentimental para llegar a ser popular.

—No entiendo estas cosas—replicó ella con displicencia.

—El doctor me entiende, ¿verdad?—dijo él.

—Sí, creo que sí.

—Para mí—siguió diciendo César—la moral individual consiste en adaptar la vida a un pensamiento, a un plan preconcebido. El hombre que se propone ser un

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

hombre de ciencia y pone todo su empeño en llegar a serlo, es un hombre moral, aunque robe y sea un canalla en otras cosas,

—Entonces—argüí yo—para usted la moral es la fuerza, la tenacidad; lo inmoral, la debilidad y la cobardía.

—Sí, en el fondo es eso. El hombre capaz de sentirse instrumento de una idea me parece siempre moral. Bismarck, por ejemplo, era un hombre moral.

—Es un punto de vista enérgico—dije yo.

—Del cual no participa usted, por lo que veo—exclamó él.

—Hoy por hoy, no. Para mí la idea de moral va más bien vinculada a la idea de piedad que a la idea de energía; pero comprendo que la piedad es aniquiladora.

—Yo creo que César y usted—saltó diciendo Laura—, a fuerza de querer ver las cosas claras, las ven más oscuras que los demás. Yo esto lo veo sencillamente: me parece que a toda persona que obra bien se le llame moral, y, por el contrario, del que hace malas acciones se diga que es inmoral y se le castigue.

—Pero tú prejuzgas la cuestión—exclamó César—, la das por resuelta de antemano. Tú dices: hay el bien y el mal.

—¿Y no los hay?

—No lo sé.

—De manera que si a ti te encargaran de juzgar a los hombres, ¿no verías diferencias entre don Juan Tenorio y San Francisco de Asís?

—Quizá el santo era el que gozaba más, el más voluptuoso.

—¡Qué barbaridad!

—No, porque el placer es el resultado, no la forma. A mí, lo que se llama vida de placeres me aburre.

—Y a mí, en lo poco que conozco de ella, también —dije yo.

—Yo veo en general la vida—siguió diciendo él—como una cosa oscura, turbia y sin atractivos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

—Entonces ustedes no pondrían el demonio en la vida, porque la vida les parece sin atractivos. ¿En dónde lo pondrían?

—Creo que en ningún lado—contestó César—; el demonio es una invención tonta...

4. Al anochecer

Comenzaba a anochecer.

—Aquí, junto al río, hace fresco—dije yo—. Vámonos a casa.

Subimos por un camino en cuesta, entre perales, y llegamos al vestíbulo de la casa. Se oyó a lo lejos el ruido de las campanillas de la diligencia, brilló un farol, se vio pasar la luz y desaparecer después entre los árboles.

—¡Qué pena, pedirle a la vida más de lo que puede dar!—exclamó de pronto Laura—. El cielo, el sol, la conversación, el amor, el campo, las obras de arte..., mirar todo esto como una fatiga, de la que se está deseando salir con una ocupación violenta, para tener la satisfacción de no notar que se vive.

—Es que notar que se vive es desagradable—replicó su hermano.

—¿Y por qué?

—¡Toma, por qué! Porque la vida no es un idilio, ni mucho menos. Vivimos matando, destruyendo todo lo que hay a nuestro alrededor, llegamos a ser algo deshaciéndonos de nuestros enemigos. Estamos en continua lucha.

—Yo no veo esa lucha. Antes, cuando los hombres eran salvajes, quizá... ¡Pero ahora!

—Ahora, lo mismo. La única diferencia es que la lucha material, de músculos, se ha convertido en intelectual y en social. Hoy, ¡claro es!, el hombre no tiene que cazar al toro o al jabalí en las praderas: encuentra sus cuerpos muertos en una carnicería. Tampoco el ciudadano moderno tiene que derribar a su rival para vencerlo; hoy se vence al enemigo en el bufete, en la fábrica, en la

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

redacción, en el laboratorio... La lucha es tan enconada y tan violenta como en el fondo de las selvas, sólo que es más fría y de formas más corteses.

—No lo creo, no me convencerás.

Laura cogió un ramo de un rosal silvestre con florecillas blancas y se lo puso en el pecho.

—Bueno, César, vámonos al hotel—dijo—, que es muy tarde.

—Les acompañaré un momento—indiqué yo.

Salimos a la carretera. La noche palpitaba llenándose de estrellas. Laura tarareaba canciones napolitanas. Fuimos un momento sin hablar, contemplando a Júpiter, que brillaba espléndido.

—¿Y usted tiene la convicción del triunfo?—le pregunté de pronto a César.

—Sí; tengo, sobre todo, la vocación de ser instrumento. Si llego a triunfar, seré una gran figura; si fracaso, dirán los que me conozcan: «Era un canalla, era un bandido.» O quizá digan era un pobre hombre, porque los hombres que sienten la ambición de ser fuertes no tienen nunca un epitafio desapasionado.

—Y, prácticamente, ¿qué haría usted si triunfara?

—Algo de lo que usted sueña. ¿Cómo lo haría? Destrozando a los caciques, acabando con el poder de los ricos, sujetando a los burgueses... Entregaría las tierras a los campesinos, mandaría delegados a las comarcas para hacer obligatoria la higiene, y mi dictadura rompería la red de la propiedad, de la teocracia...

—¡Qué absurdos!—murmuró Laura.

—Mi hermana no cree en mí—exclamó, sonriendo, César.

—Sí, *bambino*—repuso ella—. Sí, creo en ti. ¿Pero por qué has de tener unas pretensiones tan tontas?

Nos fuimos acercando al balneario, y al llegar frente a él nos despedimos.

Laura se marchaba al día siguiente a Biarritz y César a Madrid.

Nos estrechamos las manos afectuosamente.

—¡Adiós!

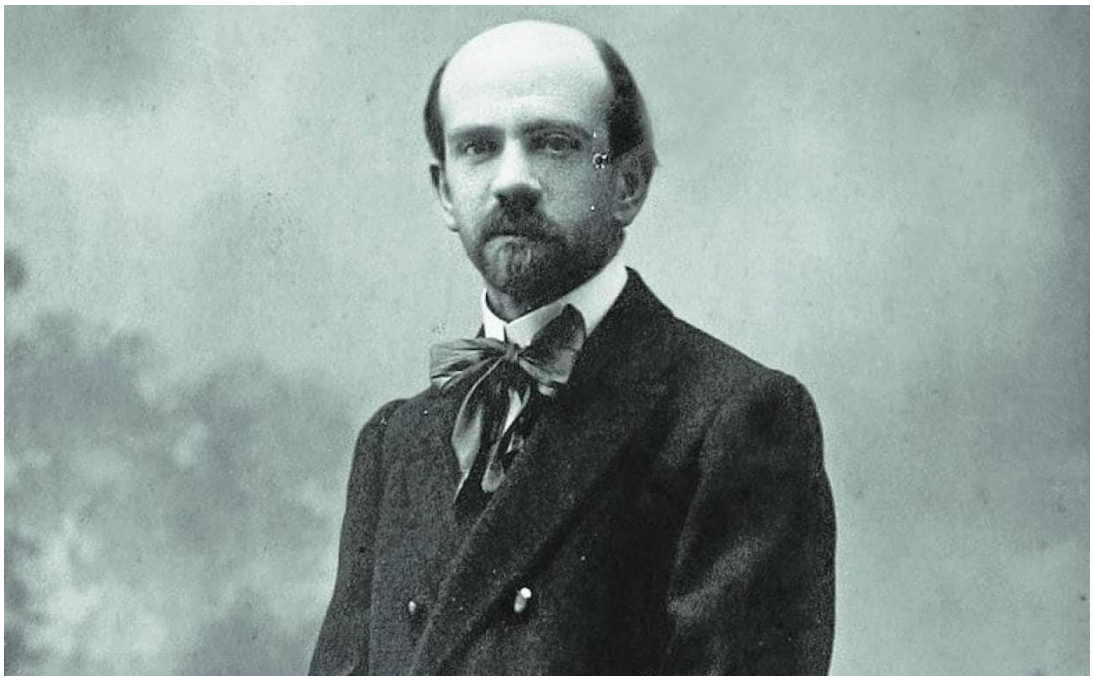
© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

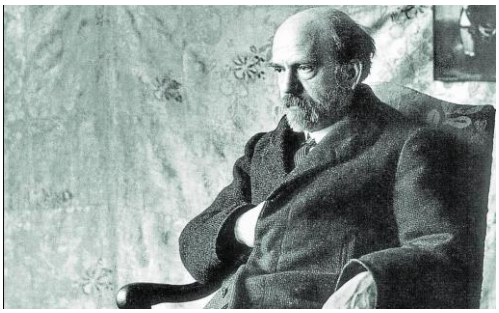
Archivo de la Frontera

—¡Adiós, doctor!
—¡Mucha suerte!

Ellos se dirigieron al balneario y yo me volví a casa por la carretera, envidiando la energía de aquel hombre, que se preparaba a combatir por un ideal. Y pensé melancólicamente en la vida monótona del pueblo.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6





1872-1956

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6